

paisaje visible—, y sin otros accesos que los de la carretera que la circunda, es una ratonera de la que no hay quien pueda escapar. A su vez, cada una de sus Facultades —de motivos y acabados de carpintería pintados, por fuera y por dentro, con los colores propios de ellas, salvo uno, equivocado (lo que no deja de ser un síntoma del menosprecio real en que han caído las viejas tradiciones académicas)— es fácilmente aislable de las demás y, en realidad, en aquella madriguera, toda galerías y escaleras voladas, se ha suprimido cualquier posibilidad de reunión, de tal modo que cada grupo queda encerrado dentro de su «módulo». El sótano, que es el único acceso, resulta convertido, por irrisión, en la «planta noble» de una edificación desprovista de toda nobleza.

Todavía mejor solución que la recuperación del centro de la ciudad es su conversión en el lugar de conexión y cruce de las autopistas que por todas partes atraviesan, como en Los Angeles, el complejo urbano. El «quiero y no puedo» de Madrid ha llegado a una solución que tiene todos los inconvenientes y ninguna de las ventajas: las semiautopistas en que se han convertido las calles de Serrano, Velázquez, etcétera.

El mito o minimito ecológico, del que antes hablábamos, con la separación kilométrica entre el lugar de residencia y el de trabajo y éstas (con otras desmembraciones del centro, y de todo centro, a que acabamos de hacer referencia, han dado lugar al fenómeno nuevo, del que tanto se habla, de la ciudad-región, área metropolitana, megalópolis, etc. Desembocamos así en el problema de la «figura» (3) de la

nueva ciudad. Me refiero a lo que se ha llamado —impropiamente según vamos a ver— su legibilidad. Esta expresión me parece muy afortunada, referida a una ciudad tradicional en la que nos adentramos como en un libro que se lee diacrónicamente, recorriéndolo despacio, si el capítulo, el barrio es interesante, incluso hasta el punto de volver unos pasos, unas páginas, atrás; pasando por otras partes, de poco carácter, más de prisa, transitando por las calles y los párrafos, perdiéndonos en las callejas y entre las notas al pie de página —en una ciudad tradicional es posible perderse—; llegando al fin, tras el recorrido intrincado, las sinuosas calles sin salida, los rincones típicos, las placitas, a la plaza mayor con sus soportales, los edificios administrativos, la gente en el paseo. La ciudad actual no es un libro que se lee, es un plano que, sincrónicamente, de un golpe, se ve; y la mejor manera de verla es «desde arriba» en una vista aérea. No hay en ella nada que leer, y aparece como una inmensa red de comunicación viaria, distribución del tráfico y señalización. Hay una estricta correspondencia entre esa red bien visible y la subterránea de teléfonos: son lo mismo, están trazadas con la misma mentalidad y sirven exactamente para lo mismo. Pero todo hay que decirlo: la red telefónica, más perfeccionada ya, permite el encuentro, la conferencia entre varios, incluso muchos interlocutores a la vez. Por el contrario, en la ciudad moderna no hay modo de encontrar a nadie, e incluso al cruce casual, o no permite verse a los encerrados en sus respectivos automóviles o, a lo sumo apenas entrecerse.

La disolución de la ciudad no hace sino visualizar la crisis de la sociedad, la destrucción de la comunidad y su sustitución por la masa («muchedum-

bre solitaria», individualismo masivo). Para lo cual se ha llevado a cabo incluso la eliminación de todo «espacio social de comunidad. Los únicos espacios subsistentes son los de «aglomeración» (estadios, etc.). Pero lo más perfecto es llegar incluso a hacerlos fantasmales, viendo el espectáculo que en ellos se exhibe, en la masa y, sin embargo, solos, ante el televisor.

La ciudad-región, dispersa, se extiende por el campo y termina por absorber éste enteramente dentro de sí. En breve todo el mundo vivirá ya en esas áreas metropolitanas, fuera de las cuales sólo quedarán los grandes parques nacionales, lugares de expansión en el «tiempo libre». Entre tanto es cierto que, sobre todo en Europa subsiste el campo, quiero decir los pueblos, las aldeas. Lo que desaparece, lo que prácticamente ha desaparecido ya es la antigua dialéctica ciudad-campo, su referencia mutua, su independencia e intercomunicación. Se habla mucho de la crisis del campo, del descuido de la agricultura y de la emigración a la ciudad. Pero, ¿qué pasa con los que permanecen en el campo, con los que siguen cultivándolo, y en otros países diferentes del nuestro, con una tecnología sumamente avanzada? Que espiritualmente no viven ya en el campo. La cultura rural, el folklore, los mores y costumbres campesinos, las ferias y romerías han desaparecido o se han adulterado. El hombre de campo, en la medida, cada vez menor, en que subsiste, «vive» en la ciudad, recibe de ella, sobre todo a través de la televisión, los modelos urbanos de vida y así se produce una extraña integración de civilización urbana y medio rural (4), de

tal modo que la lejanía física no impide una artificial, pero muy eficaz comunicación que las «evasiones» del hombre de la ciudad al campo contribuyen a nivelar. En realidad el miniespacio de vida de los hombres de la ciudad y de los jóvenes del campo, es el mismo, siempre móvil: el coche de los jóvenes con pocos recursos todavía, el que arrastra tras de sí trailer o roulotte, el camper que funde los dos vehículos en uno y, para los viejos el mobile home.

Se trata pues, como se ve, no solamente de una dispersión estática de la ciudad a lo ancho del campo, sino también de una dispersión dinámica de sus habitantes. A la desaparición del égora, de la plaza, del paseo, corresponde la del hogar. Las casas se convierten en meros habitáculos para dormir y, a lo sumo en lo que se refiere exclusivamente a los padres, adormecerse ante la pantalla de la televisión. Y esa otra habitación móvil que es el coche, en sus diversas variedades habitables, o, para los mayores la casa transportable sobre ruedas de un lugar a otro, sustituye, cada vez con más ventaja, a la antigua casa de piedra levantada sobre solar familiar.

No se trata con todo lo anterior de expresar una nostalgia para permanecer, morbosamente, en ella. No se trata de volver la vista atrás sino de mirar adelante. Una vez más nos encontramos con las consecuencias a que nos ha llevado esta civilización unilateralmente tecnológica contra la que los hombres mejores, viejos conservadores, unos, y con más ímpetu, jóvenes revolucionarios, otros, quisieran reaccionar. La ciudad contemporánea es el habitat de la sociedad de masa. Sin la recuperación del sentido de comunidad es imposible dotar de una auténtica forma nueva a la ciudad.

[3] Véase la conferencia de Xavier Rubert de Ventós en la Sociedad Española de Filología, «Palabras, pasteles, árboles e imágenes», referente tanto a la «figura» de una casa como a la de la ciudad.

[4] Cfr. los dos textos de Edgar Morin publicados en el volumen que se cita en la nota 1.

# ARANGUREN: FRENTE A CONSUMO, UTOPIA

**P**OR encima de sus títulos, cargos y actuaciones personales, la presencia física de Aranguren impone un extraño respeto, quizá debido a la categoría intelectual que se desprende de sus palabras, a su extraordinaria inteligencia o a la honestidad humana y política que ha demostrado en todo momento. Su "capacidad de convocatoria", sobre todo en los medios universitarios, se ha puesto de manifiesto, una vez más, en una serie de conferencias que ha dictado recientemente en Barcelona.

He pretendido sencillamente plantear al profesor Aranguren unas cuantas cuestiones de actualidad.

● En la sociedad de consumo no puede hablarse de liberación económica en su sentido clásico, ya que la explotación económica ha varido considerablemente del capitalismo del siglo pasado al neocapitalismo actual.

ARANGUREN.—Incluso en la sociedad de consumo la base de la opresión sigue siendo lo económico

más bien. Lo que pasa es que ya no se trata de la alienación antigua del obrero, que no tiene nada, ni siquiera su propio trabajo, que se siente alienado en él, en su propia personalidad, sino que se trataría de una nueva alienación, que, sigue siendo económica, pero que no es la alienación en el trabajo, sino en el consumo de bienes económicos o economizados, economizados en el sentido de convertidos en económicos. El factor económico sigue pesando igualmente en sociedades muy desarrolladas, en sociedades de consumo. El tipo de alienación es diferente, no es la alienación de la privación, sino la alienación del consumo por el consumo, sin ningún sentido de satisfacción de auténticas necesidades, sino de necesidades inventadas por el sistema, como la obsolescencia planificada a tener que cambiar cada tanto tiempo de bienes de consumo.

● ¿Qué papel cree usted que se desempeña la técnica en la sociedad contemporánea?

ARANGUREN.—Yo diría que ejerce un papel amenazador y que la

técnica es peligrosa, pero me parece exagerado considerar, como a veces parece, aunque no sea cierto, en Marcuse y si es cierto entre estudiantes y «hippies», que ejerce un papel negativo, yo no lo creo. Lo que pasa es que hay que estar en guardia respecto a la técnica y a la utilización. Pero me parece utópico, en el mal sentido de la palabra, pensar que se pueda volver atrás y prescindir de la técnica, e instalarnos en una especie de paraíso puramente natural, en el cual no habría ni aparatos, ni máquinas, etcétera. La civilización tiene esta ambivalencia: por una parte significa progreso, pero como subproducto está siempre engendrando una serie de males contra los cuales hay que luchar. De modo que tendría esta doble significación, positiva y negativa.

● ¿Usted cree que es viable la sociedad auténticamente libre o es una utopía?

ARANGUREN.—Es un ideal, sí; es utópico, pero en sentido positivo de la palabra utopía. La utopía cumple una misión sumamente positiva, ya

que constituye un gran estímulo para la mayoría de las gentes y las hace trabajar en una dirección determinada. Y también porque las utopías paradójicamente se realizan. No siempre por los caminos que uno pensaba, sino por otros insospechados y sorprendentes. De modo que la función positiva de las utopías es muy considerable, ya que la plena liberación, incluso aun cuando no se consiga, sirve para que caminemos hacia su realización.

● Está usted actualmente de profesor en la Universidad de California. ¿Qué diferencias advierte usted entre las Universidades europeas y americanas?

ARANGUREN.—En el plano puramente académico, en una primera aproximación podría decirse que es demasiado poco académico, porque no se enseña o se enseña poco latín, griego y cosas así, que dan prestigio humanístico en el sentido clásico de la palabra. Pragmatizando más las cosas, podría decirse como una crítica de la Universidad americana, que es una Universidad



demasiado tecnológica, que lo juega todo a una formación técnica de los jóvenes, y no es ninguna casualidad, que siendo los Estados Unidos la sociedad principal de consumo, que sus Universidades estén orientadas tecnológicamente, en esta interdependencia que existe entre tecnología y sociedad de consumo. Habría que añadir que, aunque esto es cierto, lo es menos cada vez, debido a la presión del estudiantado y del joven profesorado que está en contra de esta unilateralidad tecnológica. Reclaman la necesidad de una formación neohumanística, naturalmente no el humanismo clásico, pero sí el neohumanismo en atención a las ciencias humanas y sociales. Por lo tanto, la Universidad americana, en el plano académico, es cada vez mejor, va autocorrigiéndose.

● *¿Ve usted la posibilidad de que surja un neofascismo en Norteamérica?*

ARANGUREN.—Si, es posible un neofascismo, sobre todo un neofascismo encubierto, pues no creo que se caiga en esas formas históricas del fascismo típico, pero sí enmascarado. Sobre todo se produciría este hecho si el país cayese bajo una crisis económica, ya que las circunstancias que dieron origen al triunfo del nazismo en Alemania fueron en gran parte razones económicas. Entonces, una crisis económica profunda en América es muy fácil que desembocara en un neofascismo.

● *Después de la entrada de la República Popular China en las Naciones Unidas, ¿cómo ve usted el papel de China en la organización internacional?*

ARANGUREN.—Encuentro que es muy positivo que China haya ingresado en la ONU, y, sobre todo, está muy bien que haya ingresado sin perder la significación que tendría que tener China. Creo que se llegó a pensar, y los Estados Unidos están un poco decepcionados, que China en la ONU no iba a desempeñar el papel que la correspondía. De hecho es una especie de reto o desafío a los Estados Unidos en el seno de la organización internacional. En cambio, si no hubiera entrado en la ONU, simplemente para ingresar en el concierto de las naciones, y no representar un papel de contestación dentro de las Naciones Unidas, no hubiera tenido utilidad.

● *Después de la visita de Fidel Castro a Chile y de hacer la escena de beber una coca-cola delante de los periodistas, ¿cómo ve usted el aislamiento cubano?*

ARANGUREN.—Supongo que, por una parte, Fidel Castro está cada vez más influido por las razones de dependencia económica. Al fin y al cabo se liberó de ser un satélite americano, pero de algún modo se convirtió en un satélite soviético, con la ventaja de que cuando el país en torno al cual se gira está más lejos, siempre permite una menor dependencia, pero ésta continúa. Pero como los soviéticos están cada vez más cercanos de los americanos, y el diálogo entre Rusia y los Estados Unidos es cada vez más amistoso, se puede prever incluso una alianza entre estos dos países, frente a lo que ellos consideran el extremismo chino. Como Fidel Castro depende de Rusia, supongo que el hecho de no haber ido a rendir homenaje al monumento del «Che» Guevara, que estaba tan cerca del



de Martí, al cual sí que fue, demuestra que Rusia no ve con simpatía ese tipo de política revolucionaria que preconizó y llevó a cabo hasta su muerte el «Che» Guevara en Sudamérica. También ha sido un apoyo moral a Salvador Allende, referente al MIR y a los grupos de extrema izquierda. Entramos entonces en el problema de que hasta qué punto un político que quiere ser eficaz y que además está condicionado por relaciones internacionales, algunas de ellas de dependencia, no tiene que jugar un papel un poco maquiavélico, auténticamente moral, de conformidad con los ideales que ha preconizado, sino que tiene que ajustarse a esta dependencia, no visitar el monumento del héroe actual de Cuba, y como usted dice beber coca-cola, que de todos modos me parece un poco exagerado.

● *Aunque la fiebre del caso Padilla ha pasado ya, el problema sigue en pie. ¿Qué postura adopta frente a los intelectuales que firmaron dos manifiestos en contra de Fidel Castro y frente a los que le apoyaron posteriormente?*

ARANGUREN.—Lo que me parece interesante no es el juzgar el caso Padilla, porque no tengo información de primera mano, sino como «tests», preguntar a cualquiera, por ejemplo, a mí mismo, si hubiera firmado un escrito u otro. Yo creo que no hubiera firmado ninguno. Desde luego no habría firmado el escrito de Sartre, Simone de Beauvoir y estos intelectuales catalanes, porque la contestación de Fidel Castro era muy razonable, sobre todo con referencia a los sudamericanos, porque el intelectual ya se considera que tiene derecho a

opinar de todo, cualquiera que sea su situación, y estos señores, que uno es argentino y otro es colombiano, que viviendo en Europa hablan desde París, Londres o Barcelona criticando a un régimen, que tendrá todos los defectos que se quiera y que tal vez ha sido sumamente injusto en este caso de Padilla, no lo sé, pero no me convence mucho esta especie de autoconversión del intelectual en el juez supremo de la revolución, y establecer los criterios absolutos del bien y del mal sobre todo cuando son países que están en ese período de fermentación, de hacerse, como dijo Fidel Castro en Chile, cuando hablaba con la extrema izquierda, ni siquiera en Cuba la revolución ha llegado a serlo plenamente, ya no puede juzgarse más que desde dentro mismo. Pero estas gentes, que lo que está todavía en un proceso. Entonces, si algo está en un proceso, juzgan desde fuera, me parece que cualquiera que sea la buena fe que lo hagan, no sé si tienen plena autoridad para hacerlo.

«Tampoco habría firmado cartas de apoyo a Fidel Castro, si se me hubiese propuesto. No lo habría hecho porque es todavía continuar pensando que los intelectuales son demasiado importantes. Fidel Castro tendrá razón o no la tendrá, pero en cualquier caso sería más conveniente que los intelectuales fueran un poco más modestos y no pensasen que ellos tienen que decidir si un régimen que está en marcha tiene razón o no la tiene.

● *Una vez estudiada la función del intelectual que critica un proceso o determinada acción de un proceso desde fuera, ¿cómo ve la crítica de Heberto Padilla en "Fue-*

*ra de juego" y en sus restantes escritos?*

ARANGUREN.—Bueno, a mí me parecía muy bien que Padilla critique al sistema, puesto que estaba allí dentro, y lo que me parece mal, desde luego, es que no hubiese llevado el compromiso hasta el final, y si las razones son impuras, que hubiese hecho esa autocrítica falsa. Ahora bien, si llegado a un momento dado hubiese comprendido que en efecto estaba siendo utilizado por la CIA, o lo que sea, podría haber hecho una autocrítica, pero en cualquier caso, yo creo que si se trata, como pensamos, de una persona seria, tendría que haber sido de un tono muy diferente al que empleó. Quizá sea verdadero, pero suena a tan falso que me parece que es una medida contraproducente. Podría haber hablado en una manera razonable y no tan autohumillante.

«Por una parte, nos encontramos con intelectuales que se creen los jueces del bien y del mal en el mundo. Por otra parte, nos encontramos con otros intelectuales que se humillan de tal manera y que desdicen todo lo que ha sido la trayectoria de su vida, que realmente es deplorable en cuanto a la función del intelectual. El intelectual, si se embarca, tiene que ser con todas sus consecuencias y llegar hasta el final, pero con nobleza, con sentido de la responsabilidad y sin desdecir lo que ha sido toda su vida, así, si en efecto comprende que su vida ha sido un error, de todos modos tendrá que confesar que ha sido un error con unas palabras que hagan verosímil la creencia de una auténtica conversión.

● *Aunque en cierto modo esté superado, después de la muerte de Lukacs vienen produciéndose diversos testimonios sobre su obra. ¿Qué opina al respecto?*

ARANGUREN.—Ha sido una obra importante en su época, aunque hoy está de moda incluso hablar demasiado mal de la obra de Lukacs. No hay duda, como usted dice, que está superada, de que era un poco maníaca en sus perjuicios, piense sobre todo en su estética en contra de determinadas tendencias y a favor, como si fuesen insuperables, de otras. Pero tiene su valor.

● *Frente al marxismo monolítico de Lukacs se opone el concepto estructuralista de Althusser. En estética es más bien Galvano della Volpe el que le ha superado.*

ARANGUREN.—Sí, no hay duda.

● *¿Cómo ve el papel de la estética como contribución a la realización total del hombre en una sociedad en que no esté sujeto por alienaciones y represiones de toda clase?*

ARANGUREN.—Sobre esto, también ha escrito Marcuse páginas muy profundas. Tomando la palabra estética en su sentido más amplio, no considerando sólo las obras de arte, sino la realización plena de la personalidad por la vía de la sensibilidad, del juego, de todo lo que es la dimensión no intelectual, sino de dimensión lúdica, de fiesta, de todas esas cosas que son muy importantes en el mundo «hippy» y en el mundo de los jóvenes. Me parece que es muy positivo, ya que no se puede ser demasiado serio, demasiado existencialista; ya que es también sumamente importante como juego, fiesta, arte, estética.

■ ANGEL ZURITA. Foto: MORET.